

# Justicia Negra - Introducción

Carlos Daniel Marchio

Image not found.

## Capítulo 1

En ciertas ocasiones, para lograr modificar una situación es necesario que se produzca un shock. Y no es ningún secreto que, mientras más trascendente sea este, más relevantes serán las consecuencias que traiga aparejadas consigo.

A veces también, el factor generador de ese shock puede ser producto de un accionar errado pero del cual es posible rescatar un mensaje de alerta sobre lo que es imperioso cambiar, si se logra ver más allá del accionar en sí y se profundiza en el análisis del agente disparador.

Ambos factores convergen en la siguiente historia, que tiene como protagonista exclusivo a un solo hombre: Adrián Estévez, mi tío.

Me tomo la libertad de aclarar que, para no hacer reiterativo ni pesado el siguiente relato, me remitiré únicamente a desarrollar una breve síntesis de los hechos que a mi, tal vez, arbitrario juicio revisten un interés significativamente mayor por sobre los demás. Hechos que detallaré en forma separada y que, creo, merecen reflexiones al respecto.

Todo comenzó una fría noche de principios de mayo, hace ya muchos años, en la localidad de Lanús. Por aquella época y, para más precisión, desde la última década del siglo XX, la Capital Federal y el Conurbano bonaerense eran escenarios de las más feroces atrocidades, que se cometían impunemente contra sus indefensos habitantes. La parte de la Policía que aún no se hallaba corrompida se encontraba atada de pies y manos en su lucha contra la delincuencia. ¿La causa? Sentencias cada vez más benevolentes para con los criminales, por intermedio de las cuales se les reducían las condenas, dejándolos en libertad antes de tiempo y que, a la vez, restaban facultades a la fuerza anteriormente mencionada.

Pasadas las 22 horas de la noche en cuestión, una mujer de unos 30 años de edad, identificada posteriormente como Mercedes Peña, abandonaba el cajero automático apostado en la sede que el Banco de Galicia poseía en la avenida Pavón, luego de retirar parte de su sueldo mensual, con el que se hallaba obligada a alimentar a sus tres hijos desde hacía ya cinco meses por culpa de su esposo, quien había optado por formar pareja con una chica menor, abandonándolos. Introdujo la suma en su cartera y observó atentamente a su alrededor, antes de comenzar a caminar las tres cuadras que la separaban de su hogar. Sabía que a esa altura de la jornada aquellas calles se transformaban en un lugar más que propicio para ser asaltada, pero no disponía de otro momento para realizar la operación. No divisó ni a un alma; solo tres autos estacionados en la acera de enfrente. Decidió entonces emprender el regreso con paso veloz, pero no pudo completar siquiera los primeros 100 metros. Apenas llegó a la esquina, comenzó a oír el rugido del motor de una motocicleta que se

aproximaba a toda marcha. Cuando giró la cabeza para visualizar su ubicación, reconoció con pavor que se encontraba más cerca de lo que imaginaba. Los instantes siguientes se sucedieron con una rapidez infernal. El conductor del vehículo subió a la vereda y se detuvo frente a ella, tan bruscamente que el rechinar de los neumáticos le hirió los tímpanos. Tan pronto como descendió, le propinó un potente puñetazo en la boca que concluyó derribándola. Sin poder reaccionar, desde el suelo, sintió cómo de un fuerte tirón le arrebataban su bolso.

Antes de que el atacante volviera a subirse a su moto, uno de los vehículos que se hallaban frente al cajero (un Mitsubishi 3000 GT color negro, con vidrios polarizados) encendió sus luces de posición y su motor. Cuando el primero arrancó, salió a su encuentro, arando.

A pesar de la velocidad del motociclista, el automóvil pronto le dio alcance y se le colocó a la par. Este le dirigió una mirada interrogadora y a la vez asustadiza al velo negro del cristal que impedía reconocer al conductor, pero no aminoró su marcha; por el contrario, aceleró aún más. El perseguidor hizo lo propio e incluso le sacó la ventaja suficiente para luego girar con brusquedad e interceptarlo. La moto impactó contra su costado delantero izquierdo, y el delincuente salió despedido por los aires, cayó después al piso con un golpe seco y rodó unos metros por efecto de la inercia. Cuando por fin se detuvo, el Mitsubishi reanudó su marcha. Los alaridos de dolor del asaltante herido cesaron al momento en que el coche se le subió encima, triturándole las piernas con su rueda delantera izquierda y la cabeza con la derecha. Inmediatamente después, descendió de su interior un hombre alto, vestido de negro de pies a cabeza y con un pasamontañas de idéntico color cubriéndole la cabeza, quien recorrió con total pasividad los metros que lo separaban del botín del que se había hecho el fallecido. Lo recogió y volvió al volante. Luego, retrocedió hasta el lugar en que se hallaba la mujer, quien, aún desde el suelo, gemía tomándose el labio herido con sus manos, lamentándose por su suerte. La reaparición del vehículo que había visto instantes antes y su posterior detención a su lado lograron abstraerla y hacer que olvidara sus penurias. La sorpresa fue mayor cuando la ventanilla del lado del conductor bajó mecánicamente y el enigmático personaje que se hallaba dentro le extendió el brazo poniendo a su disposición la pertenencia arrebatada, mientras le dirigía unas palabras.

—Tome su bolso, señora, y váyase a su casa antes de que llegue la Policía.

La víctima, sin habla, no dudó y acató la orden con celeridad. Le fue imposible expresar su agradecimiento al justiciero producto del estado en que se encontraba, pero la sola expresión de su rostro le bastó a este para percatarse de que la intención existió y existiría por siempre.

Esa fue la primera de una posterior serie de apariciones cada vez más frecuentes y enigmáticas de mi tío, si no se tiene en cuenta una anterior, aislada, que protagonizó estando en sus últimos años de servicio en la Policía Bonaerense y que, tal vez, sirvió para catapultar las siguientes. Tuvo lugar el 15 de octubre del año 2000 y tomó tanta relevancia como la descrita más arriba. Una pareja había sido asaltada por ocho motociclistas también en el barrio de Lanús. Cuando estos huían, disparó contra los ladrones desde una camioneta, matando a uno e hiriendo a otro. Los diarios se refirieron a él como "un misterioso atacante" o "un vengador anónimo"... El motivo que lo forzó a ampararse en el anonimato fue que sabía que, precisamente, ni siquiera su condición de policía lo respaldaría. De reconocerse que había sido él, hubiera perdido su empleo y resultado, como mínimo, procesado. Nunca se arrepintió de haber actuado como lo hizo; por el contrario, se podría llegar a decir que hasta lo disfrutó.

Claro que por esas fechas no podía dedicarse a realizar ese tipo de actividades con continuidad porque aún no era millonario y su trabajo le demandaba muchas horas de su tiempo, aunque el oscuro sentimiento que las impulsaría (¿rencor?, ¿odio?, ¿ambos?) se hallaba instalado en lo más profundo de su ser desde que tenía 8 años. A esa altura de su corta vida, tuvo la desgracia de presenciar una de las peores tragedias que le pueden ocurrir a un ser humano: perder a sus seres queridos.

El joven Adrián Estévez vivía con sus padres y su hermano en un modesto barrio de la localidad de Berazategui. No se daban la gran vida porque el jefe de familia era el único que trabajaba y su sueldo no era precisamente holgado, pero llegaban a fin de mes casi siempre sin mayores inconvenientes. Todo transcurrió con normalidad para la familia hasta el fatídico 22 de abril de 1988. Ese día, Juan Gerardo Estévez, su padre, regresaba de la planta que una empresa automotriz poseía en las inmediaciones, en la que se desempeñaba como un simple operario, tras otra jornada agotadora de trabajo. A pesar de su considerable estatura (rebasaba por demás los 1,85 metros), su rostro ajado y su aspecto desgarrado, ambos producto de la dura realidad que le había tocado vivir en suerte, lo asemejaban más a un anciano precoz que al hombre maduro de 47 años que en realidad era. Miró su reloj sin pensar que esa sería la última vez que lo haría: eran las 19. Tan pronto como descendió del colectivo que se tomaba todos los días desde hacía ya once años para regresar a su hogar, lo interceptó un Fiat 128, obstruyéndole el paso. "Cerraré la boca y subiré", le había dicho el hombre que se hallaba al lado del que conducía, mientras por la ventanilla dejaba ver el arma con la que le estaba apuntando. El señor Estévez miró en todas direcciones, buscando a alguien a quien pedir ayuda, pero se encontraba solo. Siempre se había jactado de que su barrio era el más tranquilo de todo el Gran Buenos Aires para instalarse, aunque en ese instante deseó más que nada en el mundo algo del movimiento que tanto detestaba. Un tercero le abrió la puerta trasera derecha, que era la más próxima a él. Una vez dentro, lo obligaron

a que los condujese hasta su casa, a lo que en un primer momento se negó, pero la brutal paliza que le propinaron concluyó por obligarlo a ceder.

Llegaron pocos minutos más tarde y aparcaron en la puerta. En el jardín de la entrada se hallaba regando las plantas mi padre, Julián, que en ese entonces tenía 12 años y era el primer hijo del matrimonio. En un principio, sintió curiosidad por el vehículo recién estacionado. Pronto la curiosidad dio paso al terror, al reconocer a mi abuelo ensangrentado y siendo prácticamente arrastrado hasta la puerta de hierro que junto con el resto de las rejas verdes estilo colonial cercaba el frente de la morada.

—¡PAPÁ! —gritó.

La mujer que se encontraba en la cocina lavando los platos se llamaba Dora.

Tenía cinco años menos que su marido y era, además de una servicial ama de casa, una fanática de sus hijos. Como era de suponerse, dejó todo al escuchar los gritos del mayor y fue a su encuentro, para ver qué estaba ocurriendo. Al llegar al hall de entrada se topó con el motivo. Tres extraños fuertemente armados estaban dentro; uno de ellos encañonaba a Julián, que sollozaba sin consuelo. Su marido yacía en un rincón, malherido y jadeante, observándola con sus últimas fuerzas y dejando al descubierto la masa informe y ensangrentada en la que se había convertido su rostro.

Los dos hombres libres la pasaron por alto y comenzaron a registrar la casa buscando objetos de valor, desordenando y destrozando todo aquello que no lo tenía, según su propia impresión. El otro continuó sosteniendo firmemente y sin vacilar su 9 milímetros en la sien del chico.

—¡Qué hacen! ¡Fuera de mi casa, desgraciados! —rugió ella, al tiempo que iba a su encuentro, para intentar detenerlos. No tuvo éxito. Llegó a tomar del brazo al más robusto de los dos, pero este se libró pronto de ella asestándole un certero golpe en el estómago que la dobló en dos y la hizo arrodillarse. Una vez de rodillas, el mismo hombre volvió a golpearla, esta vez en pleno rostro y haciéndola perder totalmente lo que restaba de su estabilidad. En ese instante, Juan emitió un gutural sonido desde el suelo de parquet, ya teñido de un color rojo oscuro a causa de su propia sangre. Quería gritar. Quería incorporarse y ayudar a su esposa, pero su voluntad no alcanzaba. Estaba agonizando, producto de los golpes recibidos.

Al divisar los malvivientes que no había efectivo ni objetos de valor en la morada (algo predecible, si se tomaban en cuenta las características de la vivienda que estaban asaltando y más aún la altura del mes), presos por la ira, comenzaron a destruir todo lo que se hallaba a su alcance y que todavía quedaba en pie, pero no se conformaron con ello y se ensañaron

con sus ocupantes.

Juan fue la más afortunada de las tres víctimas, ya que murió pocos minutos antes de que ocurriera lo descrito en el párrafo anterior. Dora y Julián no tuvieron la misma suerte. La mujer fue torturada por los tres y luego asesinada, de un balazo en la cabeza. El chico, luego de presenciarlo todo, fue golpeado en igual medida que su padre, pero logró sobrevivir. Cinco minutos después de que los asaltantes huyeran, dos patrulleros y una ambulancia arribaron al lugar, gracias al llamado telefónico que había realizado una vecina. La última unidad mencionada trasladó de inmediato a Julián al hospital más cercano, donde fue internado de urgencia en la sala de terapia intensiva. Los policías, mientras tanto, se dedicaron a requisar la casa. Fue en ese momento en que el cabo Germán Rosales descubrió a Adrián, dentro del armario ubicado en el dormitorio de sus padres. Horas después, Rosales efectuaría la siguiente declaración a los medios de comunicación:

“El chico estaba petrificado. No reaccionaba ante las preguntas que le hacíamos. Aparentemente se habría escondido en el placard en cuanto llegaron los criminales. Lo que es seguro es que percibió todo. Auditiva o visualmente percibió todo. ¿De qué otra manera se explicaría la causa del estado en que lo hallamos?”.

El joven agente tenía razón. Describió casi con exactitud lo ocurrido. Adrián no había visto, pero había oído con claridad los ruegos de su madre, los gemidos de su padre, el llanto de su hermano, y los comentarios y exabruptos de los atacantes.

Mi padre permaneció internado durante un mes y medio. Cuando fue dado de alta se unió a su hermano en el orfanato, dado que carecían de otros parientes con quienes vivir, pero poco tiempo fue el que permanecieron juntos. Cada vez que tenía oportunidad, le recriminaba a gritos el haberse escondido “como un cagón” en vez de intentar ir en busca de ayuda. En más de una ocasión hubo que separarlos, ya que se le iba encima y lo golpeaba, mientras el pequeño permanecía inmóvil e indefenso, al igual que el resto del tiempo.

Adrián fue, durante esos primeros tres meses posteriores al hecho, una sombra. No comía, no hablaba, no se movía, ni siquiera para ir al baño, causa por la cual el personal que lo atendía se veía forzado a colocarle pañales como a un bebé. Luego de ese lapso, recién comenzó a mostrar leves y lentas pero constantes mejorías, gracias al intenso trabajo de un equipo de psicólogos que pasaba horas junto a él, incluso los fines de semana.

Julián resultó derivado a otro nosocomio cercano donde pasó los siguientes seis años. Una vez con los 18 cumplidos, lo abandonó y se dirigió al sur. Se asentó en San Martín de los Andes tras vagar sin rumbo

durante unas semanas, trabajando para la Municipalidad, en donde se desempeñó hasta que se jubiló. Allí conoció a mi madre, con quien tuvo tres hijos: María, Jorge y yo. La razón por la cual optó por tomar ese rumbo y distanciarse era clara: no estaba en condiciones psíquicas como para entender que la reacción de su hermano era perfectamente comprensible. Lo lamentable fue que jamás lo pudo hacer. Por ello, nunca lo volvió a ver ni nunca lo perdonó.

Mi tío también permaneció solo hasta los 18, cuando decidió unirse a las huestes de la Policía Bonaerense. De chico había aturcido a sus progenitores con que quería ser médico, pero su vocación cambió con el suceso acontecido, al igual que su vida. Quería servir a los demás, para evitar que les ocurriera a otras personas lo que le había ocurrido a él.

Fue policía hasta los 26. Durante esos ocho años se esforzó por ser el mejor, aportando dedicación y esmero a su trabajo, y lo logró. Pasó los primeros cinco (que resultaron ser también los más intensos) patrullando las calles, lapso durante el cual tuvo la chance de conocer la cara oculta del barrio, que era en pequeña medida la del mundo entero: droga, corrupción, prostitución y muerte. En varias ocasiones, le brindaron la oportunidad de cambiar de funciones y desempeñar otras, administrativas, aunque él declinaba las propuestas. Su vocación y su misión estaban allí, conviviendo con el peligro constante. Pero en el año 2003 las cosas cambiaron, cuando fue ascendido a sargento (promoción que le resultó imposible rechazar) y comenzó a desempeñarse como tal, teniendo la posibilidad de acceder a información clasificada gracias a su nuevo cargo. Allí fue cuando supo acerca de los negocios turbios en los que buena proporción de la fuerza estaba inmersa. Allí supo que parte de la Policía a la que había dedicado tanto tiempo negociaba con los mismos delincuentes su libertad, el abastecimiento de armas y hasta a veces los mismos robos. No precisamente la parte que arriesgaba todos los días su vida en la lucha contra el crimen, sino la que ahora él también componía: la dirigente. Y eso no era lo peor. Lo peor era que el sector político que ejercía el poder no solo los castigaba con duros recortes de presupuesto cada dos por tres, sino que además estaba al tanto de todo lo anterior y permanecía indiferente, convirtiéndose así en cómplice de la corrupción. Fue entonces presa de la impotencia. Luego, la impotencia lo hizo caer en un pozo depresivo que lo obligó a tomar la drástica resolución de dar un paso al costado. El desencanto de la cruda realidad lo había derrotado.